



Vol. 10, No. 2, Winter 2013, 365-374
www.ncsu.edu/acontracorriente

Review/Reseña

Claudia Torre. *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2010.

Una épica inconclusa

Jens Andermann

Universidad de Zurich

Para Pedro Navarro Floria, *in memoriam*

Entre las muchas ‘escenas’ de la campaña militar al Río Negro de abril y mayo de 1879 comandada por el ministro de guerra y futuro presidente Julio Argentino Roca, no casualmente rica en ‘cuadros’, ‘prospectos’ y ‘episodios’ dado su carácter fuertemente teatral, de golpe de efecto político-publicitario, hay dos en particular que sobresalen. La primera, narrada por Remigio Lupo en una de sus crónicas enviadas al diario *La Pampa* desde “el teatro de los sucesos”, cuenta un alto en el camino por parte de la principal de las cuatro columnas expedicionarias, al mando del propio Roca, en función de acomodar la

tropa a las indicaciones del fotógrafo Antonio Pozzo. ‘Teníamos por delante—relata Lupo—

una extensa y luminosa planicie formada por el valle del río, al que limitaban agrestes colinas cubiertas por un manto de esmeralda. Pozzo intercedió con el general para que le permitiese sacar una fotografía de aquel panorama y del ejército en la posición que llevaba y fue concedido. Y se le concedió más, se le concedió el mando del ejército, la facultad de dictarles sus órdenes. Pero fue por breves momentos. Era necesario colocar las fuerzas según conviniese, y nadie podía hacerlo mejor que Pozzo. Con una trompa a su lado, expedía las órdenes. Esto fue materia de algunas bromas que fueron aceptadas tal como debían ser. A las 11.40 la fotografía estaba sacada.¹

La segunda, también de una crónica periodística, enviada al *Revue des Deux Mondes* por el ingeniero Alfred Ébélot (responsable principal del diseño de la ‘Zanja de Alsina’ algunos años antes), narra el curioso hallazgo, en pleno desierto pampeano, de misivas diplomáticas dejadas por las huestes fugitivas:

También nos escribían cartas que encontrábamos por la mañana a doscientos pasos de los puestos de vanguardia, fijadas al suelo con un palo. [...] Eran unos curiosos documentos de diplomacia indígena, se libraban consideraciones sobre política exterior e interior; nos amenazaban con Brasil, con Chile, con el general Mitre y el general Rivas, y nos explicaban hasta qué punto estaba mal elegido el momento para hacer la guerra a los caciques. Nos instigaban a marcharnos, obligándose por los más sagrados juramentos a no molestar nuestra retirada. [...] También había elocuentes desafíos: ‘Salid mañana de vuestro atrincheramiento y veréis si somos hombres. Os esperamos al mediodía.’²

Ambos pasajes son notables no solo por cierto tono irónico y jocosos que explota el contraste entre el despliegue marcial de hombres y armas y la insignificancia de los obstáculos y resistencias que éstos enfrentan sino, también, por la relación entre *vaciamiento* y *ocupación* sobre la que construyen su escenario ‘desértico’. Si en la anécdota de Lupo, ante la ausencia de ‘nativos’ el vacío paisajista debe ser llenado de cuerpos militares para poder enfocarse en la escena como motivo fotográfico, en Ébélot es la relación misma entre las dos escrituras—la citada y la que cita—la que efectúa el borramiento de los cuerpos y voces cuya

¹ Remigio Lupo, *La conquista del desierto. Crónicas enviadas al diario ‘La Pampa’ desde el Cuartel General de la Expedición de 1870* (Buenos Aires: Freeland, 1968), 109.

² Alfred Ébélot, *Frontera Sur. Recuerdos y relatos de la Campaña del Desierto (1875-1879)* (Buenos Aires: G. Kraft, 1968), 141.

presencia, las “cartas fijadas al suelo”, tratan desesperadamente de reivindicar al tiempo que confirman su ausencia. Entre ambos momentos—vaciamiento y re-ocupación—interviene, entonces, una escritura que aparece en cierto sentido como la verdadera destinataria de la operación en la que participan Pozzo, Lupo y Ébélot; escritura cuya presencia testimonial (que permite, como la imagen fotográfica, captar, eternizar y transportar al público urbano esa relación entre ausencias y presencias en el espacio-tiempo denominado ‘Campaña del Desierto’) resulta clave para el éxito de la misma.

Pero si la Campaña del Desierto fue una operación militar (y en menor medida también científica y religiosa) destinada desde un principio a ser transcrita, al mismo tiempo que respondía y se planteaba como culminación de una vasta bibliografía anterior sobre la ‘cuestión fronteras’ y que, finalmente, habría de bifurcarse, una vez terminada la ocupación del territorio, en nuevas textualidades viajeras, científicas y memorialistas, ¿no habría sido asombrosamente parecido el destino final de esa enorme masa textual en la Biblioteca Argentina, a fin de cuentas, a aquél de las cartas halladas en Salinas Grandes por el ingeniero Ébélot? ¿No habría quedado trunco, a pesar del esfuerzo material y retórico puesto en ello, el afán por dotarle al Estado-nación moderno no sólo de una vasta expansión territorial sino, además, de un nuevo mito de origen? David Viñas, en un famoso libro publicado en 1982, aunque escrito en 1979-80 en el exilio berlinés—cien años después de la Campaña que la dictadura homenajeara al mismo tiempo en un congreso de historiadores celebrado en la localidad de General Roca—, se preocupaba por la contracara de ese olvido y “su peculiar capacidad silenciadora para negar la violencia que subyace a la instauración del estado liberal”. Estudiando el vasto acervo bibliográfico legado al Estado prusiano por Vicente y Ernesto Quesada, Viñas se proponía indagar en la complicidad del campo intelectual en ese silenciamiento no sólo del origen genocida del Estado argentino moderno sino, más aún, de su confirmación tácita por el renovado borramiento de sus víctimas, llevándolo a preguntarse, en la frase más citada de *Indios, ejército y frontera*: “quizá, los indios, ¿fueron los desaparecidos de 1879?”³

³ David Viñas, *Indios, ejército y frontera* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1982), 11—12.

El libro de Viñas—contemporáneo con *La ciudad letrada* de Ángel Rama y con los trabajos sobre literaturas heterogéneas y los bordes del cánón que estaban llevando adelante por esos mismos años Antonio Cornejo Polar, Jean Franco o Ticio Escobar—abría también una posibilidad alternativa de abordar la historia literaria e intelectual a la que el mismo Viñas había elaborado en *Literatura argentina y realidad política* (aunque sin renunciar a sus gestos sintéticos sartreanos más característicos). Era éste, justamente, el momento de mayor apertura en toda su obra al debate latinoamericanista e internacional—con citas en inglés y francés y apartados sobre Centroamérica y los países andinos—apertura que corría de la mano del cuestionamiento del Estado-nación y sus relatos. No deja de resultar elocuente, por lo tanto, que hayan pasado casi treinta años—a pesar de valiosos trabajos historiográficos y antropológicos como los de Claudia Briones, Julio Vezub, Axel Lázzari, Pedro Navarro Floria, Diego Escolar o Walter Delrío y de una bibliografía creciente sobre la construcción literaria del espacio patagónico, incluyendo textos de Gabriela Nouzeilles, Eva-Lynn Jagoe, Andrea Pagni y Fernanda Peñaloza—hasta que volviera a intentarse desde la crítica literaria argentina el estudio sistemático de lo que Claudia Torre define atinadamente como ‘narrativa expedicionaria’: los “textos militares, científicos, políticos y periodísticos escritos antes, durante o después de la conquista”, corpus que Torre propone abordar a partir de “sus procedimientos de escritura y sus formas de circulación y recepción, atendiendo al particular modo en cómo llegaron a formar parte del patrimonio cultural argentino”.⁴ Para Torre, la escasa fortuna crítica de ese corpus tiene su razón en parte en la debilidad literaria del conjunto: “el acontecimiento [...] en sí mismo no tiene, como podría esperarse, su contrapartida literaria” (LT: 19). Por lo tanto, “el gran interrogante sobre este *corpus* es por qué la Conquista del Desierto no produjo una obra o una serie literaria” (LT: 252), a diferencia, por ejemplo, de las guerras fronterizas norteamericanas o de la campaña de Canudos en Brasil, en la pluma de Euclides da Cunha.

Este punto de partida abre una serie de interrogantes nuevos: ahí donde Viñas veía un gran texto colectivo donde estaba cifrado el

⁴ Claudia Torre, *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto* (Buenos Aires: Prometeo, 2010), 12. En lo siguiente abreviaré LT.

origen secreto del Estado autoritario, Torre encuentra fragmentos en debate pugnando por constituirse en ‘obras’ sin lograr deshacerse muchas veces de su factura improvisada y testimonial, su carácter de “textos-depósito” de voces y documentos dispersos, como los caracterizó Álvaro Fernández Bravo.⁵ Pero este carácter informe remite, para Torre, a una dimensión escurridiza y resistente del propio acontecimiento que buscan captar: “¿Qué es lo que podía contar[se] de la guerra? Combates había pocos, la vida del campamento era aburrida o se vivía como un castigo letal, los indios no se aparecían, no se podía contar el disenso porque se trataba de un relato oficial del que, además, se esperaba una prosa heroica” (LT: 187). Al mismo tiempo, la representación prevaleciente de “indios-bandidos [...] errabundos, itinerantes, irreductibles” (LT: 257) que legitimaba la “guerra ofensiva” conspiraba contra su elevación a enemigo gallardo que hubiera posibilitado el relato épico.

En lugar de un Estado en ciernes, entonces, una literatura que no fue: las preguntas de Torre se desplazan, por lo tanto, desde la politicidad documentada en y por los textos hacia su estatuto literario. Su trabajo indaga, por un lado, en las tensiones entre el Yo enunciador y el entramado institucional en representación del cual ese Yo accede a la voz: desentraña los distintos “mecanismos contractuales” (LT: 140) por los cuales unas “escrituras a pedido” se vinculan y son autorizadas por una incipiente institucionalidad estatal. La narrativa expedicionaria inscribe entonces un cambio en la relación entre escritura y Estado respecto de aquella heredada por la Generación del ‘37, donde el flujo de autoridad entre el Yo autorial y un futuro orden estatal deseado era justamente el inverso. Por otro lado, Torre enfoca la compleja relación del corpus expedicionario con un mundo literario en trance de autonomización, proceso ante el cual la escritura institucional de la Campaña del Desierto podría aparecer como regresiva o anacrónica. Sin embargo, sostiene Torre, es precisamente “el fenómeno de la autonomización [...] el horizonte sobre el que hay que pensar los [...] textos de la narrativa expedicionaria” (LT: 99) para entender las bifurcaciones y contrastes internos a este corpus; tensión presente

⁵ Álvaro Fernández Bravo, *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX* (Buenos Aires: Sudamericana, 1999), 158.

incluso a nivel de obras individuales, en la voz de un Yo que aún presentándose como portavoz del ejército o de la ciencia nunca deja que su subjetividad de narrador-viajero se diluya completamente en lo impersonal.

De esta pregunta doble deriva una organización del corpus y una metodología de abordaje que, aún manteniendo un eje periodizador centrado en el año bisagra de 1879, también divide los textos a partir de sus distintos estatutos de enunciación. El primer grupo lo forman los viajes y proyectos militares previos a la expedición de Roca: Santiago Arcos, Álvaro Barros, pero también los primeros viajes de Francisco Pascasio Moreno y Ramón Lista, culminando en la compilación antológica de Estanislao Zeballos, *La conquista de las quince mil leguas*, encomendada y divulgada meses antes de la partida de Roca a Choele Choel y en función de promover ante el Congreso y la opinión pública la “solución final”. En seguida vienen las obras de los expedicionarios, en particular los compendios oficiales de cartas, diarios de campaña, órdenes y partes militares realizados por Racedo y Olascoaga, pero también los informes científicos como el de Adolfo Doering y Pablo Lorentz, naturalistas germanos pertenecientes a la Comisión Científica agregada al Estado Mayor, o las crónicas periodísticas enviadas por Lupo y Ébélot, o incluso por el representante del Arzobispado de Buenos Aires, Monseñor Antonio Espinosa, contratado por el diario *América del Sur* para relatar sus peripecias por la Pampa. Una tercera categoría está formada por viajes y estudios de la ‘cuestión fronteras’ publicadas al mismo tiempo pero con vínculos institucionales más laxos con la campaña militar, aún cuando debían a ésta la posibilidad material de realizar el viaje y publicar sus resultados. Siguen las obras expedicionarias posteriores a la Campaña, “registros evaluadores” y “auditorías *post-factum*” (LT: 15) de la misma por autores como el mismo Zeballos, Eduardo Gutiérrez o Roberto J. Payró (cuya *Australia argentina* de 1898 es leída como una “obra bisagra en la tradición de la cultura del viaje *tierra adentro*” y un puente hacia los viajes modernos de un Arlt o hacia un texto contestatario como *La Patagonia trágica* de José María Borrero). El corpus se completa con los relatos autobiográficos de antiguos expedicionarios (Prado, Daza, Fotheringham, Pechmann), escritos ya “fuera del contrato” estatal (LT: 161) por militares de bajo a mediano rango: “narrativas de fogón” que

relatan “el revés de la escena triunfal” (LT: 163) construida por los compendios oficiales con su “estilo parte de campaña” que invocaba a través del uso de los “géneros de la guerra—parte, itinerario, orden del día, correspondencia, mensaje al congreso, proyecto, telegrama, circular, parte diario, orden general, instrucción, marcha” (LT: 190) la imagen de una guerra moderna y profesional de índole clausewitziana.

De las lecturas siempre agudas y bien documentadas de Torre surge un entramado de escrituras que no terminan de coagular en un texto único y que hasta parecen muchas veces transitar por espacios y tiempos diferentes. Ahí donde los compendios oficiales se empeñan por construir “un mundo bélico que no se define tanto por vencer al otro o por ser vencido [...] sino por constituirse como fuerza de lucha” (LT: 194) las “anécdotas de milicos” (la expresión es de Moreno) escritas con posterioridad añoran precisamente un mundo de compañerismo y raigambre popular que la modernización del ejército habría echado a perder. De manera parecida, el mapeamiento topográfico y ‘realista’ que se superpone al desierto romántico del ‘37 convive todavía con escrituras de viaje que apostaban a “captura[r] un lector ávido de exotismos” (LT: 187). Torre procura resaltar estos pliegues y repliegues de su corpus comenzando por el entramado institucional y su constitución de diferentes modalidades del Yo expedicionario, análisis al que sigue un estudio de la edición y circulación de esos textos (con reseñas detalladas del mercado librero porteño de finales del siglo XIX y de la historia editorial moderna del corpus expedicionario). Establecido así el marco institucional y material de enunciación, sigue un análisis tropológico (que combina la estilística con la historia de las ideas) y finalmente una discusión de las relaciones entre ese corpus y el sistema literario precedente y posterior. *Literatura en tránsito* se caracteriza entonces por un afán, laudable sin duda, por reabrir las formulaciones sintéticas forjadas en su momento por Viñas y por encontrar atrás de éstas un archivo menos unívoco de textos que no siempre cumplen con un mandato institucional. En lugar de la urgencia benjaminiana del pasado irresuelto que, para Viñas, relampagueaba sobre el presente catastrófico, Torre apuesta a la discontinuidad para rescatar lo singular de las escrituras aún donde éstas rayaban en lo efímero e inconsecuente:

Muchas veces se ha dicho, para describir la dialéctica de los dominadores y los dominados, que los viajeros a la frontera [...] recababan permanentemente conocimiento y que ese conocimiento era siempre y únicamente utilizado para dominar. Esa creencia, tan ingenua, viene de los dominados para quienes el conocimiento tiene siempre, indefectiblemente, que tener una utilidad. Para los dominadores, el placer de la casa burguesa, en la que en el mullido sillón alguien lee crónicas de las fronteras de lugares lejanos —que probablemente nunca visitará— constituye una forma de esparcimiento. En esa forma de esparcimiento también está el secreto del poder. (LT: 284—85)

Sin duda, pero esta idea plantea también el problema de nuestro lugar de lectura: si leer del lado de los dominados es recaer en la ingenuidad paranoica, imaginarnos compartiendo el mullido sillón de la casa burguesa, justamente para acceder y deconstruir los secretos del poder, ¿no nos expondría al peligro opuesto de creer en la ociosidad de una lectura meramente ‘literaria’? A lo que voy es a que, quizás, sea justamente el pragmatismo supuestamente ‘desideologizado’ del análisis de Torre—que no tardará en ser festejado por gran parte de la academia argentina especializada en la ‘historia de las ideas’—el flanco más débil de *Literaturas en tránsito*. “¿Cómo reconocer,” pregunta Torre, “‘entre los ampulosos enunciados estatales’ a los ‘rudimentos de relatos’ alternativos que hablen de la experiencia de las víctimas o incluso de una población rural mestiza cuyo mundo de sociabilidad también se clausuraba súbitamente ante la expansión roquista en conjunto con el de ‘los indios’”? “Es posible leer las razones del otro en los textos oficiales? Es posible pero no como tema sino como estereotipo y lugar común” (LT: 103). Si fuera así, habría que preguntar si realmente vale la pena volver a leer voluminosos escritos de escaso rendimiento literario: por cierto, Torre se esfuerza en todo el texto por colmar ese silencio de voces otras apelando a una bibliografía histórica y antropológica; pero si algo enseñaba el libro de Viñas era la necesidad de *leer los textos en contra de su propio silencio* y que, para leer ese espacio como el de una voz ausente, había que romper el pacto hermenéutico y hacer de la propia lectura un acto de guerra donde la teoría intervenía para emboscar al texto y forzarlo a revelar lo que callaba. Se trataba nada menos que de una posibilidad de lecturas otras que, de no haber sido tirada por la borda por la generación siguiente de académicos, quizás hubiera puesto a la crítica literaria en Argentina en un plano de contemporaneidad con el debate poscolonial y

subalternista, como también con algunos de los más osados enfoques deleuzianos y marxistas sobre textualidad y violencia como los de Klaus Theweleit o Michael Taussig.

Atender a la diversidad de los textos y reubicarlos en sus contextos de producción y recepción son propósitos rescatables y necesarios que el trabajo de Torre cumple con diligencia y riqueza de detalle. Pero la renuncia al “prejuicio ideológico” renuncia también a la pregunta por las condiciones de posibilidad de las escrituras pasadas, sus protocolos metahistóricos como diría Hayden White. “La operación más importante de la narrativa expedicionaria del desierto [fue] la construcción de un relato sobre la guerra”—escribe Torre. “Se trata, como resulta obvio, de una guerra entre indios y blancos en la lucha por la posesión de la tierra” (LT: 177). Resulta obvio, sí, pero recién a partir de unas escrituras que distribuyen a ‘indios y blancos’ sobre una tierra que esas mismas escrituras enseñaban a mirar en términos de ‘posesión’, como bien inmueble y a la vez sujeto a la soberanía de un Estado inscripta de manera providencial aún en lo que todavía yacía más allá de su horizonte. Para ‘construir un relato,’ en otras palabras, había que construir primero su escenario y sus actores: un ‘indio genérico’ moldeado, como bien lo demuestra Torre, sobre los maloneros de Salinas Grandes, y un ‘soldado blanco’ pasaron entonces a sobreponerse al contexto híbrido y mestizo de la “sociabilidad de frontera”—la expresión es de Pedro Navarro Floria—de la que ambos eran oriundos y que se había caracterizado (como todavía se vislumbra en la *Excursión* de Mansilla una década antes) por una compleja red de lealtades, relaciones comerciales y de parentesco, como también de violencia física y simbólica y en la que el Estado y los caciques indígenas eran apenas unos actores entre muchos. Haber transformado en una obviedad el antagonismo entre Estado e ‘indios salvajes’ fue, como también lo demuestra Torre en su estudio de los proyectos militares anteriores a la Campaña de Roca, una condición determinante para la militarización de la frontera en pos de la expansión latifundista. El problema de *Literaturas en tránsito* es que la perspectiva constructivista sobre los textos coincide muchas veces con una ‘contextualización histórica’ que vuelve a reinscribir las ‘obviedades’ que éstos forjaron: “Uno de los problemas clave del período es el de la evasión de ganado argentino a Chile como consecuencia del

malonerismo”, escribe por ejemplo Torre, como si las vacas tuvieran pasaporte y la propietarización del ganado pampeano no fuera, precisamente, uno de los procesos centrales que desencadenaron la emergencia de poderes estatales encargados de vigilar la pertenencia y los movimientos de cuerpos humanos y vacunos. El problema no es, pues, si hubo o no arcos trasandinos de ganado—los hubo, dicho sea de paso, en más de una dirección—sino que su ‘argentinidad’ o ‘chilenidad’ precoz supone como por acto de magia la presencia del Estado-nación en cuerpos y lugares aún exteriores y anteriores a su constitución histórica (un hábito de la historiografía liberal que se extiende también al viejo tópico de la “araucanización de la Pampa”, desgraciadamente también frecuentado por Torre). Ante la longevidad de estos mitos historiográficos, quizás la pregunta más adecuada no sea por qué la Conquista del Desierto no legó una literatura sino cómo una mala literatura pudo instalarse como naturaleza histórica, como una suerte de historia natural del Estado argentino.

Literaturas en tránsito tiene antes que todo la virtud de haber reabierto un archivo desatendido por demasiado tiempo por la crítica argentina. Por su rigor filológico pero también por sus propuestas novedosas de ordenamiento y abordaje de este corpus, será por mucho tiempo la referencia obligatoria para quienes, como es de esperar, recojan el guante lanzado por Torre y vuelvan a indagar en este archivo desde perspectivas y miradas distintas. Al mismo tiempo, al menos para este lector, a pesar de sus muchos aciertos, el libro de Torre también indica la necesidad de volver a su antecesor directo, *Indios, ejército y frontera*—como dice Torre, “uno de los libros más apasionantes que leí en mi vida” (LT: 310)—para reanudar también algunos de los hilos de lectura que *Literaturas en tránsito* ha dejado sin recoger.